

Unamuno y Cassou

ALAIN GUY

Université de Toulouse-Le Mirail

EL parentesco espiritual entre Miguel de Unamuno y Jean Cassou (1897-1986) es muy importante. Se trata de dos escritores polifacéticos (poetas, novelistas, pensadores, militantes políticos, aficionados al arte refinado, estilistas delicados), cuyo denominador común es, sin ninguna duda, el carácter individualista e incluso libertario; esta idiosincrasia era rebelde a toda estatolatría y a todo conformismo, social o religioso. Cassou, traductor y comentarista de Unamuno era, como el Rector de Salamanca, profundamente hostil a todo intelectualismo y a todo escolasticismo; denunciaba constantemente la ideocracia y se valía de lo concreto y de lo carnal; hombre izquierdista, francmasón, este hombre, congénitamente independiente, estaba apegado al mismo tiempo a la causa del pueblo trabajador, de los pobres y de los más desgraciados, a semejanza de Don Miguel, ardiente defensor de lo intrahistórico, campeón del socialismo humanista y no autoritario. Por fin, un temperamento romántico, sentimentalista y paramístico unía secretamente a ambos amigos, más allá de las diferencias de su talante ante los grandes problemas del destino; Unamuno, perpetuamente orientado hacia la investigación metafísica y hacia el más-allá cristiano, mientras que Cassou, agnóstico, se dedicaba exclusivamente a la vida de acá, a este bajo mundo, es decir a la acción temporal y a las experiencias sensoriales del arte...

Algún atavismo era común a los dos hombres; desde 1921, el joven Cassou, que había perdido a su padre, parecía buscar un nuevo padre y escribió una carta ferviente a Unamuno, por la cual se presentaba como un admirador del autor del *Sentimiento trágico de la vida* (1913); le proclamaba su maestro de pensamiento y subrayaba que era su conciudadano directo, nacido, como él, en Bilbao (más precisamente en Deusto, en sus afueras); la atmósfera vasca, dentro de la cual vivió algunos meses, antes de marcharse a Francia con su familia, ha contribuido tal vez, subconscientemente, en una cierta medida, a su intensa propensión a la libertad, de la misma manera que el arraigamiento de Unamuno a su terruño ancestral.

El padre de Cassou, Léopold Cassou, ingeniero civil, había nacido en Billères (cerca de Pau, en Béarn) de una familia que pasó varios años en México; la madre de Léopold Cassou era mexicana; Léopold pronto se estableció cerca de Saint-Quentin (en Francia), en la pequeña aglomeración de Rocourt, en una destilería; se había casado con una andaluza de Cádiz, Milagros Ibáñez Pacheco, muy piadosa admiradora de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz. En 1910, la familia se estableció en París, donde Léopold fundó una pequeña fábrica de cera, antes de morir en 1913. Alumno del Liceo Charlemagne, Jean Cassou obtuvo su bachillerato en 1917, pues comenzó

su licenciatura de español en la Sorbona; pero no la terminó jamás, debiendo rápidamente ganarse la vida dando lecciones particulares. A pesar de esto, trabó conocimiento con muchos amigos literarios, ya muy apreciados (como Pillement, Pedro Salinas, André Wurmser -con cuya hermana Louise contrajo matrimonio-, Jorge Guillén, Georges Duhamel, Jules Romains, etc...), que editaban una revista cultural, titulada *Le Scarabée*. En 1921, colabora de modo regular en el ilustre *Mercur de France*, lo que le asegura una estabilidad profesional, como encargado del sector de "Lettres Espagnoles". Este mismo año, escribió su primer estudio sobre Unamuno, en la revista *Hispania*, IV, París, cuyo título completo era "Miguel de Unamuno, Miguel de Cervantes y *Don Quichotte*".

En adelante, Cassou escribió, hasta el final de su larga existencia, muchos libros y artículos. Citemos, entre otros, *Les Harmonies viennoises*, *Le Pays qui n'est à personne*, *Les Massacres de Paris*, *La Vie de Philippe II*, *Panorama de la littérature espagnole contemporaine*, *Le Greco*, *Comme une grande image*, *De l'Etoile au Jardin des Plantes*, *Cervantès*, *Picasso*, *Trente-trois sonnets composés au secret*, *Situation de l'art moderne*, *La Mémoire courte*, *Portrait d'Unamuno*, *Le Temps d'aimer*, *Panorama des arts plastiques contemporains*, *Une vie pour le Liberté*, etc... Sería preciso añadir sus traducciones de *La agonía del cristianismo*, de *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, de *Cómo se hace una novela*, y de *Antes y después de la Revolución*.

El 14 de abril de 1931, Cassou tomaba parte en la alegría popular de los madrileños por la proclamación de la República en la Puerta del Sol. Cinco años más tarde, el "Alzamiento" de Franco, el 17 de julio 1936, suscitaba en él una profunda aversión; se esforzaba, desde su nombramiento de agregado en el Gabinete de Jean Zay (el ministro de Educación Nacional del Frente Popular francés) en ayudar lo más posible a la democracia española atrozmente asaltada por el fascismo internacional. En 1940, entró en la Resistencia contra la ocupación nacionalsocialista de Francia y se desvivió en la clandestinidad: prisionero por el régimen de Vichy, fue posteriormente liberado y se convirtió en 1944 en Commissaire de la République por la zona de Midi-Pirineos y de Toulouse, donde fue gravemente herido por la Wehrmacht el 19 de agosto de 1944.

En 1945, fue nombrado Conservador en jefe del Museo de Arte Moderno de París (Palais de Chaillot), donde organizó muchas exposiciones de gran valor. Finalmente se desavino con los dirigentes del Partido Comunista Francés juzgados por él demasiado autoritarios y excesivamente sometidos al régimen policiaco y estalinista de la URSS. Abogando por una concepción libertaria e incluso anarquista del socialismo y alejada de toda violencia, se mostraba resueltamente pluralista, sin abandonar su repulsa al Capitalismo. Apasionado por la espontaneidad y por una sinceridad absoluta, soñaba con una Humanidad armoniosa y pacífica, dentro de una sociedad mundial más justa e igualitaria.

Es en los años 1924-1926, cuando la amistad entre Unamuno y Cassou alcanzó su acmé. Se sabe cómo, indignado por la inicua deportación de Unamuno a las Canarias, Cassou desencadenó inmediatamente en Francia la solemne protesta contra las arbitrariedades

del General Primo de Rivera. Nadie ignora tampoco el ardor singular con el cual preparó con otros amigos liberales la evasión de Unamuno, pues durante su estancia en París, Cassou iba frecuentemente a su modesto hotel de la calle de La Pérouse (cerca del Arco de Triunfo) para confortarle y procurarle relaciones con próceres parisienses. Unamuno le mostró pronto la versión definitiva de su manuscrito, *La Agonía del cristianismo*; Cassou tradujo completamente este volumen y se lo llevó a su amigo, no creyente como él, el profesor Paul-Louis Couchoud, gran historiador de las religiones; radicalmente ateo, el doctor Couchoud (que ponía en duda la existencia misma de Jesús) era muy tolerante por afición a la ciencia más objetiva; aceptó, seguidamente, el libro dentro de su muy escéptica e irreligiosa Colección “Christianisme”, subtitulada “Cahiers publiés sous la direction de P.L. Couchoud”, en las Ediciones Rieder; tal vez el título ambiguo del manuscrito le agradaba; hombre extraño, Couchoud visitó varias veces a la mística Marthe Robin, cuyo caso le planteaba problemas. La obra de Unamuno obtuvo tan gran éxito entre los no creyentes como entre los creyentes esclarecidos o independientes; en cuanto al texto original en castellano, apareció más tarde en 1931 obteniendo el mismo eco.

Siguiendo el impulso, Cassou compuso en 1926 un grueso artículo “Portrait d’Unamuno”, aparecido en el *Mercure de France*, vol. 188, páginas 144-174, que reeditó en 1933, dentro de su traducción de fragmentos diversos de Unamuno, con el título de *Avant et après la Révolution*, balance sobre todo de los dos primeros años de la República, vistos por el maestro salmantino, pp. 22-36. Unamuno respondió a Cassou desde Hendaya, el 27 de junio de 1927 y su carta afectuosa constituye el ápice de la rica correspondencia epistolar entre los dos amigos (que nos recuerda las sugestivas conversaciones de Goethe con Eckermann). Este “Portrait” fue reeditado aún en *Avant et après la Révolution*. Se puede leer esta reflexión: “Poco a poco, es preciso, si se quiere seguir a Unamuno, eliminar de nuestro pensamiento todo lo que no es su integridad fundamental y prepararnos a estos caprichos súbitos, a estos desvíos de lenguaje por los cuales su integridad quiere, en todo momento, asegurarse de su agilidad y de su funcionamiento” (p. 32). El maestro salmantino respondió afectuosamente más con lucidez muy franca y sin tardanza, en un “Commentaire”, lleno de humor amistoso. Se pueden leer estas fórmulas: “Mirándome en el retrato, no sin pavor así como en un espejo, mas un espejo hecho de tal modo que nos lleva a mirar el espejo más que la figura que se refleja en él”. Después de esta maliciosa observación, Unamuno explica lo concerniente a algunos puntos subrayados por Cassou y se lo agradece calurosamente.

En adelante, Cassou (que ha traducido, por lo demás, el “Saludo de Unamuno a los restos de Ángel Ganivet” -trasladados a España-), se refiere siempre a sus tomas de posición, sobre todo en el campo social y temporal. Como lo dice muy bien Aline Janquar (“Jean Cassou. Un Musée imaginé”, Catálogo de la Exposición Cassou en la Biblioteca Nacional de París, 1995, p. 44), “Cassou entre en politique par Unamuno”. Recordemos también la conmovedora evocación de Don Miguel (con motivo de su muerte el 31 de diciembre de 1936) escrita en el gran semanario parisiense *Les Nouvelles*

Littéraires, París n.º del 9 de enero de 1937, con el título “Unamuno, symbole de l’Espagne” y aún el hermoso artículo “Unamuno l’exilé à perpétuité”, en la revista mediterránea *Les Cahiers du Sud*, n.º 125, Marseille 1955 ¿Cómo olvidar el artículo “L’Homme Unamuno” en la revista parisiense de Mounier *Esprit*, órgano del movimiento personalista, n.º 332, de noviembre de 1964? Personalmente desearía añadir el elogio vibrante para con Unamuno en la carta que Cassou me envió en diciembre de 1956, felicitándome por mi libro del mismo año *Les philosophes espagnols d’hier et d’aujourd’hui* (Toulouse, Ediciones Privat, 2 volúmenes).

En resumidas cuentas, la hermandad de los dos hombres fue ejemplar: una cierta connaturalidad psicológica y ética les unía. Claro, Cassou permanecía ajeno a la opción religiosa de Unamuno, sediento del más-allá cristiano; el mensaje de Jesús le parecía fecundo para el progreso social y humano, más sin ninguna transcendencia; pero, como Unamuno, el escritor francés era un poeta profundamente inspirado, de acento profético, más un poeta comprometido. Así como lo ha confiado en *Une vie pour la liberté* (p. 14), “es en 1924 -en la deportación de Unamuno- cuando fijo mi primer choque con la Historia: la acción política; es un choque español”. Es sin duda porque, según las palabras de Fray Luis de León, “la poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino”; el lirismo muy encarnado de Unamuno ha abierto al de Cassou los anchos horizontes ilimitados, al servicio de los valores espirituales, que son conjuntamente (como lo ha visto Charles Péguy) carnales en su limpieza misma.